



Guía de lectura

HOMO EMOTICUS RICHARD FIRTH-GODBEHERE



La historia de la Humanidad
contada a través de las emociones

 *miradas*
salamandra

Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

La historia de la humanidad no puede ser explicada únicamente a través de los acontecimientos políticos, los cambios económicos y los movimientos migratorios sucedidos a lo largo de los siglos, sino que necesita de un hilo conductor mucho más profundo. Un hilo que Richard Firth-Godbehere sigue en *Homo emoticus*, ensayo en el que defiende que lo que realmente da sentido y coherencia a esa línea temporal que llamamos historia de la humanidad son las emociones que han dominado a los seres humanos desde el principio de los tiempos.

«Las emociones son sólo un puñado de sentimientos que los occidentales decidimos meter en una misma caja conceptual hará unos doscientos años. El concepto de emoción es una idea moderna, un constructo cultural. La noción de que los sentimientos son algo que acontece en el cerebro se inventó a principios del siglo XIX».

Frith-Godbehere condensa en este libro los conocimientos adquiridos a lo largo de toda una vida investigando las emociones. Sin ir más lejos, su tesis doctoral versaba sobre la repugnancia, algo a lo que hay que sumar su licenciatura en Historia de las Ideas y su extensa cultura sobre psicología, neurociencia, arte, filosofía y reli-

gión. Y ahora, echando mano a semejante bagaje cultural, presenta *Homo emoticus*, un libro en el que nos hace comprender el modo en que dichas emociones no sólo afectan a nuestra vida cotidiana, sino que configuran eso que llamamos Historia Universal de la Humanidad.

«La historia de la emoción es una disciplina que ha generado cientos de teorías e ideas y está teniendo un creciente impacto en nuestra forma de entender el pasado. Aun así, la mayor parte del trabajo realizado en este ámbito ha sido de tipo especializado y académico, es decir, que no es exactamente el tipo de lectura que a uno le gustaría para relajarse a la orilla del mar. He escrito este libro porque en cierto modo me he impuesto la misión de compartir el maravilloso mundo de la historia de la emoción con tantas personas como pueda, de posibilitar que la mayor cantidad posible de lectores compartan el entusiasmo y la perspectiva que suscita esta nueva forma de entender las épocas pretéritas, y de ofrecer una nueva manera de ver el mundo, especialmente su pasado».

El autor es consciente de que muchas personas no saben definir el término «emoción» —que a veces confunden con

«sentimiento» o «sentir»— y no critica este desconocimiento porque dicho concepto «constituye una caja conceptual más novedosa; una caja —cabría añadir— cuyos bordes resultan algo confusos». Y es que hay un dato que no se debe olvidar: si bien los sentimientos comparten un origen evolutivo común en todos los seres humanos, las emociones dependen del contexto cultural en el que se desarrollaron y fueron analizadas. Esto explica que, por resumirlo de un modo sencillo, la repugnancia no sea lo mismo para un chino que para un europeo, pero tampoco para un europeo del siglo XVIII que para uno contemporáneo. Por todo esto, el autor no sólo recorre el concepto de emoción a lo ancho del mundo —la India, China, Medio Oriente, etc.—, sino también a lo largo de la Historia: desde la antigua Grecia hasta la moderna computación cuántica.

«¿Podemos llegar a saber qué sentía alguien en el pasado?»: he aquí la eterna pregunta que pende sobre la cabeza de todo historiador de la emoción. Por norma general, la respuesta es no. Pero a veces, sólo a veces, hubo personas en el pasado lo bastante reflexivas como para dejar constancia explícita de lo que sentían. Los antiguos hebreos fueron uno de esos grupos de personas reflexivas. Y también escribieron acerca de lo que son y de lo que hacen los sentimientos, de modo que empezaremos por ahí».

Homo emoticus defiende sobre todo tres tesis: que las emociones no son universales, sino que cambian de una cultura a

otra; que las emociones son tremendamente complejas y que no se limitan a mostrarse a través de expresiones faciales; y que las emociones tienen su propio pasado, es decir, que han ido cambiando a lo largo del tiempo y que han ido configurando los distintos sistemas políticos que se han sucedido.

«Aunque todos podamos compartir algún tipo de conjunto primario de sentimientos internos, la forma en que cada cultura concibe las experiencias —mucho más complejas— que constituyen la emoción difiere de unas a otras».

Homo emoticus arranca con Sócrates y termina con los emoticonos/emojis. Por tanto, se trata de un viaje fascinante que ha sido merecedor del reconocimiento al Mejor Libro de Ciencia del 2021 de la revista *Kirkus*, además de haber sido ya traducido a más de una veintena de idiomas. Y es que *Homo emoticus* es un libro que habla de todos nosotros.

«Uno de los aspectos más emocionantes de los emojis, y de sus antecesores, los emoticonos —al menos para los que nos interesamos en la lingüística—, es que anuncian el nacimiento de un nuevo lenguaje escrito, un nuevo lenguaje que sus usuarios están creando de cero en tiempo récord. Pero lo más fascinante de los emojis es que este nuevo lenguaje parece ser internacional: cada vez es mayor el número de personas que lo entienden, en todas partes del mundo y de manera uniforme».

HISTORIA DE LAS EMOCIONES EN OCCIDENTE

LA GRECIA CLÁSICA: Platón y Aristóteles fueron los primeros en tratar de definir esa reacción humana que llamamos emoción y que los griegos llamaban *pathē*, es decir, «experiencia» o «sufrimiento». Platón creía que las *pathē* eran alteraciones del alma —ira, rabia, tristeza, etc.— provocadas por sucesos externos a nuestro cuerpo y que, como perturbaciones que eran, debían ser mantenidas a raya mediante el uso del *lógos*, es decir, la «razón». Sin embargo, Aristóteles no creía que debiéramos reprimir las emociones, sino usarlas en nuestro beneficio a través de la retórica, que no era otra cosa que el arte de dominar a los demás mediante la manipulación verbal de sus emociones.

«Para Platón, los sentimientos podían tanto elevarnos a un bien mayor como condenarnos a peligrosos placeres cortoplacistas. Aristóteles pensaba que las emociones surgían de una parte del alma que compartimos con los animales y que resultaban útiles a la hora de debatir o de negociar con un enemigo. Ambos creían que las emociones podían manipularse por medio de la razón o *lógos*. Platón consideraba que las emociones debían estar encaminadas a lograr algo sublime, algo espiritual, mientras que Aristóteles las concebía de una forma más práctica y realista, como una herramienta para hacer cosas. Casi todas las discrepancias entre estos dos hombres pueden reducirse al énfasis de Platón en el aspecto espiritual de las emociones frente al enfoque pragmático de Aristóteles en sus aplicaciones en el mundo real. Pero, sin duda, su visión de las emociones no resulta tan distinta».

LAS PASIONES SEGÚN SAN PABLO: Pablo de Tarso fue odiado por el pueblo judío porque trató de alterar el «régimen emocional» (una especie de *status quo* de la sentimentalidad social) a través de sus predicaciones. En aquel entonces, los judíos asimilaban la aversión con el pecado y no soportaban que alguien contradijera lo que ponía en la Torá. El éxito de San Pablo se cimentó sobre la fusión de este pensamiento con otro de origen griego, el estoicismo, según el cual la mente tiene que estar siempre por encima de los sentimientos.

«La concepción de las emociones de san Pablo tendría un impacto incalculable en todo el mundo. Gran parte del cristianismo moderno proviene de la fusión de dos ideas relativas a los sentimientos inicialmente formuladas por Pablo. Por una parte, está la antigua idea hebrea de que debe evitarse el pecado para no provocar la aversión de Dios. Si pecas, siempre que tengas fe, tu transgresión puede ser perdonada mediante la aceptación de un sacrificio a Yahvé. Hoy ese sacrificio se interpreta sobre todo como el padecimiento y la crucifixión de Cristo por nuestros pecados; el elemento del sacrificio literal con derramamiento de sangre está casi olvidado. Por otra parte, Pablo recurrió a la idea estoica de que sólo puede obtenerse la felicidad concentrándose en lo que es en verdad virtuoso; en este caso, la aspiración —ya que no el deseo— de que tus pecados te sean perdonados».

SAN AGUSTÍN Y LOS CRUZADOS: Para entender el espíritu que llevó a los europeos a emprender siete cruzadas a lo largo doscientos años, hay que conocer el régimen emocional que San Agustín implantó en el pensamiento de la época. San Agustín era un devoto maniqueo que un día oyó la voz de un niño que le instaba a leer el Nuevo Testamento. Fue entonces cuando se hizo cristiano y nos enseñó a anteponer el yo superior (el alma) a los caprichos dictados por las emociones. Así pues, la única forma de abandonar «la Ciudad del Hombre» (mundo corpóreo) y acceder a «la Ciudad de Dios» (la verdad) era el control de las emociones y, sobre todo, la aceptación del amor como único camino de salvación.

«Es justo decir que el mundo sería muy distinto sin las ideas de Agustín sobre el amor. De no ser por su influencia, es posible que el cristianismo todavía se fundamentara en el acto sacrificial de un mesías antes que en un acto de caridad y gracia de un Dios. Es difícil decir cuántos de los 2.400 millones de personas que se llaman cristianos lo serían hoy sin el pensamiento agustiniano».

SANTO TOMÁS DE AQUINO Y LA CAZA DE BRUJAS: Durante los siglos XVI y XVII se desató una ola de violencia contra las mujeres llamada «caza de brujas». Las emociones que la propiciaron fueron el miedo y la abominación (repugnancia extrema). En este contexto, el fraile dominico Tomás de Aquino escribió el primer libro sobre las emociones, *Suma teológica*, en el que identificaba una nueva categoría de sentimientos, los «afectos» o «afecciones», que básicamente aparecían cuando la mente pensaba en algo y el cuerpo reaccionaba de un modo físico ante tal pensamiento. Según Santo Tomás, el *desiderium* (deseo) era un anhelo de alcanzar algo agradable, mientras que la *fuga* o *abominatio* (huida o abominación) se definía por la compulsión de alejarse de algo desagradable o repugnante.

«Puede que ahora mismo te estés planteando una cuestión que ha acosado a los historiadores durante décadas: ¿cómo es posible que ocurriera algo así? ¿Qué condiciones pudieron crear una situación en la que miles de personas, en su mayoría mujeres, fueron asesinadas por un delito que casi con toda certeza no habían cometido? La respuesta, o al menos una buena parte de ella, tiene que ver con la emoción».

THOMAS HOBBS, JOHN LOCKE Y EL TERCER CONDE DE SHAFTESBURY: Estados Unidos se independizó de Gran Bretaña porque sus mandatarios estaban hartos de los impuestos que les cobraban tanto por los bienes esenciales como por los artículos de lujo. Aquellos hombres querían la libertad, pero también querían vivir bien. La concepción que hoy tenemos del gusto —y del placer material— nació en el siglo XVIII, cuando los europeos empezaron a consumir productos de lujo y los filósofos, entre ellos Anthony Ashley Cooper, tercer conde de Shaftesbury, acuñaron el término «sentires», una especie de «percepción moral» que nos provoca reacciones ante lo que vemos. Dichos «sentires» podían ser «morales» o «estéticos», los segundos de los cuales son los que nos llevan a sentir inclinación por las cosas bonitas y agradables, es decir, lujosas.

«La búsqueda de la alegría había sustentado los sistemas de sentimientos perfilados por figuras como Platón y Tomás de Aquino. Ahora el derecho a la felicidad se expresaba en el documento fundacional de una nueva nación. Pero en esta ocasión, y por primera vez, era un derecho íntimamente ligado al deseo. El sentir del gusto y el deseo de libertad, riqueza y lujo habían engendrado los Estados Unidos de América, que habrían de convertirse en una nación centrada en la búsqueda de la felicidad; una felicidad alimentada por el deseo de riquezas».

DESCARTES, HOBBS Y LA PSICOLOGÍA MODERNA: René Descartes quiso explorar las emociones desde una perspectiva científica, algo totalmente novedoso en la época. En su opinión, la principal pasión era la admiración, por la cual reconocemos la existencia de algo y decidimos qué sentir ante el mismo: amor, odio, deseo, alegría o tristeza. Por su parte, Thomas Hobbes sugirió, en su famoso *Leviatán*, que las pasiones eran un «esfuerzo» que el cuerpo hacía ante la presencia de un objeto. Tiempo después, William James y Carl Lange, padres de la psicología moderna, postularon que las emociones no nacían en el cerebro (Darwin), sino en el cuerpo, puesto que eran una reacción del subconsciente ante una realidad que inquietaba al sujeto.

«Y puesto que la teoría de James está lejos de ser perfecta —por toda una serie de razones menores en las que no entraremos aquí—, el caso es que fue atacada, diseccionada, reformulada, repudiada, apropiada y ridiculizada. Sin embargo, en un fenómeno que ocurre con demasiada frecuencia en la mayoría de los ámbitos científicos, el hecho de que se convirtiera en el punto de partida de todos los debates producidos en la disciplina acabaría dándole legitimidad. Su concepción de las emociones se mencionaría en repetidas ocasiones, y gracias a ello el concepto de *emoción* acabaría reemplazando para siempre a todas las nociones anteriores sobre pasiones, afectos, sentires y demás».

LOS AFECTOS DE SIGMUND FREUD: Freud agrupó los diversos tipos de sentimientos —deseos, impulsos, estados de ánimo e incluso experiencias inusuales como la de *déjà vu*— bajo el término de afectos. Para él, los afectos eran manifestaciones físicas, algo que acontece tanto en el cuerpo como en el cerebro. A menudo, el afecto que sentimos con respecto a un objeto cambia o se desplaza a otro objeto. Poco después, el psiquiatra Robert Henry Cole establecería una jerarquía de las afecciones y determinaría que las emociones (miedo, terror, ira o amor) se diferenciaban de los sentimientos porque aquéllas requerían conciencia, es decir, pensamiento.

«Freud creía que todos los afectos provienen de cosas que han sucedido en la infancia, y de la necesidad o bien de volver a ellas o bien de alejarse de ellas. A veces —pensaba—, ambos impulsos se producen de manera simultánea. Podemos aprender a amar los senos femeninos como fuente de alimento, y obtener placer y alivio —si somos sinceros— al orinar y defecar; pero también se nos puede enseñar a odiar tanto los senos femeninos como las heces que producimos porque son, de manera respectiva y en opinión de Freud, moral y físicamente repugnantes. Freud denominaba a

esta mezcla “ambivalencia”. Aunque hoy día sus ideas sobre el origen del vínculo entre amor y odio han sido desacreditadas casi de arriba abajo, ciertos estudios recientes sobre el cerebro sugieren que ni él ni los griegos se equivocaban por completo».

LA COMPUTACIÓN AFECTIVA: La tecnología de computación busca monitorizar todas nuestras emociones con el fin de conseguir que las máquinas nos ayuden en la gestión de las mismas. Actualmente, las empresas tecnológicas crean softwares para analizar nuestra voz y hacer que nuestros asistentes nos animen en caso de considerarlo necesario. El problema de esto es que se ha establecido por consenso que todos los humanos tenemos únicamente seis emociones, algo que los especialistas niegan. Eso mismo está pasando con los emojis, que al convertirse en universales liquidan la infinidad de matices que hay en la concepción de las emociones por parte de las diferentes culturas.

«A pesar de estos problemas, existe toda una disciplina dedicada a la creación de máquinas emocionales: la denominada “computación afectiva”. El término lo acuñó en 1995 la ingeniera informática Rosalind W. Picard, que hoy día sigue siendo una activa investigadora. Su ámbito de estudio se plantea un doble objetivo: en primer lugar, trabaja para crear máquinas capaces de reconocer sentimientos, y, en segundo término, intenta desarrollar ordenadores que puedan sentir emociones por sí mismos. Este último es un complicado jardín en el que no voy a meterme, pero el primer propósito de la computación afectiva, crear máquinas capaces de reconocer las emociones humanas, constituye una de las razones por las que en 2084 todos sentiremos lo mismo; suponiendo, se entiende, que las personas como la doctora Picard logren su objetivo».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Antes de leer *Homo emoticus*, ¿teníais clara cuál era la diferencia entre los conceptos «sentimientos», «emociones» y «sentires»?
2. ¿Por qué creéis que la palabra «emoción» es tan difícil de definir?
3. Leyendo *Homo emoticus*, ¿habéis aprendido cosas sobre vosotros mismos?
4. Richard Firth-Godbehere propone un estudio de la Historia de la Humanidad a través de las emociones. ¿Creéis que las emociones pueden ser un criterio de análisis histórico más importante incluso que la política o la economía? ¿Por qué?
5. El autor defiende tres tesis: las emociones no son universales, las emociones son complejas y las emociones tienen un pasado. ¿Os habríais atrevido a aceptar la primera afirmación antes de leer el libro? En caso de que lo hayáis hecho, ¿qué os ha hecho cambiar de opinión?
6. Respecto a la afirmación de que las emociones son más complejas de lo que creemos, ¿estabais anteriormente de acuerdo? ¿Por qué?
7. Respecto a la afirmación de que las emociones tienen su propio pasado, ¿creíais anteriormente que las emociones habían sido siempre igual?
8. El autor recorre la historia de la Humanidad desde los griegos hasta nosotros, pero también recorre el mundo a lo ancho. De todas las culturas de las que habla (Asia, Oriente Medio, África, etc.), ¿cuál os ha sorprendido más en lo tocante a su concepción de las emociones?

9. *Homo emoticus* puede ser leído como un ensayo de historia de la filosofía. ¿Sabíais que los filósofos se habían ocupado de un modo tan profuso de las emociones?
10. Platón y Aristóteles tenían visiones parecidas del alma, pero creían en formas distintas de relacionarse con las emociones. ¿Con cuál de los dos estáis más de acuerdo?
11. La religión ha determinado tremendamente nuestra visión de las emociones: San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino... ¿Hasta qué punto consideráis que nuestras emociones están determinadas por el credo que procesamos?
12. René Descartes consideraba que todo era mecánica en el mundo y, en consecuencia, las emociones no eran más que reacciones del cuerpo. ¿Qué opináis sobre esta visión mecanicista del mundo?
13. El triunfo de la psicología y de la psiquiatría cambió totalmente nuestro modo de conceptualizar las emociones. ¿Creéis que esta nueva forma de estudiarlas nos desvió de otros caminos más interesantes, como podían ser los de los filósofos anteriores?
14. La computación afectiva está estandarizando la concepción de las emociones que cada cultura tiene. ¿Qué riesgos veis a esto?
15. ¿Sabéis ahora qué son las emociones?

EL AUTOR



RICHARD FIRTH-GODBEHERE, miembro asociado de *The Centre for the History of Emotions*, es considerado uno de los principales especialistas mundiales en el ámbito de las emociones. Licenciado con honores en Historia e Historia de las Ideas por la Universidad de Londres, se interesó desde muy joven en el papel que las emociones pudieron jugar en la caza de brujas. Al combinar

la historia cultural con la historia de las ideas, empezó a desarrollar una teoría cultural e intelectual sobre las emociones, y en especial sobre el asco y la repugnancia. De hecho, su tesis doctoral se tituló «Comprender los opuestos del deseo: la prehistoria de la repugnancia, 1600-1760». *Homo emoticus. Una historia del humanidad a través de las emociones* es su primer libro.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una mirada fascinante al papel de las emociones humanas en la forja de la historia y la cultura universales».

Gina Rippon, autora de *El género y nuestros cerebros*

«Las emociones son una parte mucho más importante de la experiencia del ser humano de lo que la mayoría de la gente cree. Si quieres saber más sobre las emociones y cómo hemos llegado a entenderlas, este libro es exactamente lo que necesitas».

Dean Burnett, autor de *El cerebro feliz*

«Tanto si buscas nuevas ideas, como historia narrativa, teoría psicológica o antropología cultural, este libro te enseñará algo nuevo sobre cómo la gente ha sentido a través de los tiempos. Un libro como ningún otro».

Thomas Dixon, autor de *Weeping Britannia: Portrait of a Nation in Tears*.

«Muchos académicos parecen haberlo leído todo sobre los temas que abordan, pero es raro encontrar a uno que pueda convertir esta enorme cantidad de datos en un libro lúcido y cautivador. Paul Johnson y Yuval Noah Harari lo hacen; Firth-Godbehere también».

Kirkus

«*Homo emoticus* ha desmontado mis ideas preconcebidas. Cualquier libro que comience hablando de Sócrates y termine haciéndolo sobre emojis merece un lugar en mi biblioteca».

Iszi Lawrence, escritora y copresentadora del podcast *Making History*.

